



La cultura y la educación como práctica de reproducción de la violencia. ¿El curriculum puede ser un camino posible de resistencia?

Daniela Dávila García

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

daniela.davilag@correo.buap.mx

Ramón Carlos Rocha Manilla

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

ramon.rocha@correo.buap.mx

José Roberto Reyero Hidalgo

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

ramapitecus200.83@gmail.com

Área temática: Currículo como expresión cultural de las etapas sociales

Resumen

En esta ponencia se plantea la discusión y el desarrollo de tres temas ejes fundamentales (la cultura, la educación y el curriculum). Los dos primeros nos han permitido comprender el ejercicio de reproducción cultural y educativo que se encuentra presente en las sociedades modernas, haciendo un análisis del contexto mexicano y local. Es esta comprensión, la que da pauta para identificar las manifestaciones de reproducción de la violencia (sobre todo simbólica) que se configura y que pareciera implícita a todos los campos sociales. En primer lugar se encuentra la cultura, donde se construye una falsa conciencia de la educación como mercancía y por tanto la expresión de esta; en segundo lugar esta la educación que se vuelve el campo donde reproducirla y en tercer lugar, el curriculum como mecanismo, instrumento o estrategia de resistencia ante esta. Por lo anterior, para iniciar esta reflexión planteo la pregunta que se desarrolla en este escrito: violencia. Por tanto nos preguntamos para iniciar: ¿Cuáles son los caminos posibles de resistencia ante una práctica de reproducción de la violencia, en escenarios culturales y educativos? ¿Puede ser el curriculum uno de estos caminos?



Palabras clave: cultura, educación, violencia simbólica, curriculum, resistencia

Justificación

Esta ponencia intenta reflexionar sobre algunas ideas, conceptos y categorías surgidos de la reflexión de dos grandes áreas temáticas: la sociología de la cultura y la sociología de la educación.

Las preguntas de investigación que se plantean son: ¿De qué manera la cultura y la educación son percibidos como campos de reproducción de la violencia? ¿Cómo se manifiesta la violencia en la cultura y la educación? ¿El curriculum puede ser un camino posible de resistencia ante una cultura y educación que reproduce violencia?

Se parte del supuesto de que la cultura y la educación son campos sociales donde se construye y manifiesta la reproducción de la violencia, principalmente simbólica.

Por tanto, los objetivos que planteamos aquí son analizar la manera en que la cultura y la educación han sido percibidos como campos de reproducción de la violencia; describir como se manifiesta la violencia en la cultura y la educación; y comprender si el curriculum es un camino posible de resistencia ante una cultura y educación que reproduce violencia.

Enfoque conceptual

El paradigma epistemológico bajo el cual asumimos esta reflexión, es el crítico hermenéutico. Y las corrientes teóricas de las que nos apoyamos en este trabajo son sociología de la educación y sociología de la cultura, principalmente, con autores de corriente Marxista.

Desarrollo

“El objetivo de mi trabajo es mostrar que la cultura y la educación no son simples pasatiempos o influencias menores”
Pierre Bourdieu

En esta ponencia se plantea la discusión y el desarrollo de tres temas ejes fundamentales (la cultura, la educación y el curriculum). Los dos primeros nos han permitido comprender el ejercicio de reproducción cultural y educativo que se encuentra presente en las sociedades modernas,



haciendo un análisis del contexto mexicano y local. Es esta comprensión, la que da pauta para identificar las manifestaciones de reproducción de la violencia (sobre todo simbólica) que se configura y que pareciera implícita a todos los campos sociales. En primer lugar se encuentra la cultura, donde se construye una falsa conciencia de la educación como mercancía y por tanto la expresión de esta; en segundo lugar esta la educación que se vuelve el campo donde reproducirla y en tercer lugar, el curriculum como mecanismo, instrumento o estrategia de resistencia ante esta. Por lo anterior, para iniciar esta reflexión planteo la pregunta que se desarrolla en este escrito: violencia. Por tanto nos preguntamos para iniciar: ¿Cuáles son los caminos posibles de resistencia ante una práctica de reproducción de la violencia, en escenarios culturales y educativos? ¿Puede ser el curriculum uno de estos caminos? Veamos...

La sociología se ha encargado de reflexionar las estructuras de orden social, interacción, acción y transformación, que a través del tiempo los sujetos van construyendo en las sociedades modernas. Uno de los aspectos que se construye, se reconstruye y se deconstruye es la acción de estos en la cultura y la educación. Comencemos con la cultura.

A lo largo de la historia han existido diversos autores que realizan análisis de la cultura. Algunos clásicos, otros más contemporáneos, pero todos coinciden en que la cultura reconstruye la estructura social. Uno de los sociólogos más importantes en el tema de cultura es George Mead, quién hizo un análisis sociocultural de la relación que guardan las personas con su identidad social. Este afirmó que las personas desarrollan el sentido de identidad a partir de un contexto social. Una mirada que tiene raíces en la psicología social del siglo XX. En este sentido podemos recordar a Erich Fromm quien alrededor de los años 50s señaló que el proceso de socialización surge a partir de la identificación de los sujetos con una cultura particular. Casi al mismo tiempo, Erving Goffman (en 1960) analizó el sentido de identidad con relación a los estigmas y normas sociales. Por otro lado, Norbert Elías identificó que hay una relación evidente entre el poder regulador de una cultura y el mantenimiento del orden social. No olvidemos a Marx quien veía a la cultura como un producto de la actividad económica, tecnológica y social, que formaba parte de la estructura social; y a los marxistas como Antonio Gramsci, quien reconoció que la cultura es un mecanismo de control social y que esta se impone como dominante y por tanto, hegemónica. También años después, Michel Foucault habló de esto en sus distintos textos donde aborda las relaciones de poder y, Herbert Marcuse reflexionó sobre cómo la cultura provoca la transformación social.



Todos estos autores nos llevan a la reflexión de que la cultura se expresa mediante la producción y el consumo material, así como, las creaciones y las actividades de ocio en las distintas sociedades. El arte, la literatura, la música e inclusive los deportes, la moda, las creencias, las costumbres y hasta la alimentación, se construyen y se expresan culturalmente. Algunos podrían pensar que la cultura es una variable independiente a la estructura social, sin embargo, es esta quien construye o reconstruye las significaciones al interior de las estructuras sociales. Diría Bourdieu, al interior de los campos.

De igual manera, la educación, como campo, se apoya de la cultura; y construye y reconstruye prácticas educativas que se manifiestan como dominantes. Entonces tenemos un caldo de cultivo. Por un lado el campo de la educación que legitimado por el Estado es quien ejerce la dominación cultural, y por el otro, la cultura haciendo lo suyo al reconfigurarse todo el tiempo en los espacios. Sumando a esto, se encuentra el curriculum como mecanismo de resistencia ante escenarios cada vez más delicados. Por supuesto, debemos de partir de que la cultura se encuentra atravesada por la clase, la etnia y el género; y en ese sentido el curriculum debe tener en cuenta esto para plantear una propuesta que realmente sea de resistencia.

Ahora bien, asumiendo una postura marxista (permítanos asumirla), queremos encaminar la reflexión para analizar lo que se ha planteado como objetivo en esta ponencia, que es reflexionar si puede ser el curriculum un mecanismo de resistencia ante la reproducción de la violencia simbólica que se manifiesta en los campos de la cultura y la educación.

Para ello, hay que partir del análisis de que los grupos sociales están determinados económicamente, y que a través del tiempo en las sociedades modernas se han intensificado las luchas de poder y los conflictos sociales. Los marxistas no estaban equivocados al identificar que ante esta crisis había dos caminos que se encuentran en disputa. Por un lado, las instituciones hegemónicas (y heteronormadas) por garantizar el orden social estable y subordinar ideológicamente a la población; y por el otro, el camino de la lucha social (la revolución para algunos) y la resistencia, como única vía de transformación social.

Entonces, la cultura y la educación se vuelven espacios hegemónicos (y repito, heteronormados) pero también al mismo tiempo, se vuelven espacios de lucha contrahegemónica.



La cuestión radica en que es en estos espacios sociales (principalmente hegemónicos) donde se ejerce violencia que muchas veces se expresa simbólica. Todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas, es asumido como violencia simbólica (Bourdieu, 1977:44).

Como lo podemos apreciar, en el arte, la literatura, la música, el cine, la televisión (por mencionar algunos), las élites intentan establecer pautas y parámetros culturales y educativos para que los sujetos interioricemos normas establecidas por las instituciones hegemónicas y asumamos la realidad y la verdad como único y direccional. En ellos existe un mecanismo de control y dominación que se instaura y se ejerce. Y cuando se mama (interioriza), se reproduce.

Las ideas, los valores, las creencias de los sujetos que son reproducidas, muchas veces son invisibles ante los ojos y la conciencia de los actores que reproducen (por ejemplo, los docentes, estudiantes, e inclusive los artistas). En ese sentido se ejerce la reproducción de una violencia simbólica que trasciende la vida de las y los otros, y que por tanto reconfigura los campos. Esto sucede muchas veces sin que los sujetos demos nuestro consentimiento de ello. Y aquí la cultura y la educación hacen su trabajo.

Sin embargo, estos espacios también resultan contra hegemónicos. Aquí la cultura y la educación juegan otro papel, ya no de espacios que inculcan, fomentan o motivan la reproducción, sino como espacios de resistencia donde el pensamiento y la acción de los sujetos, buscan vías de reconciliación y reestructuración de las prácticas. Entonces se manifiesta la deconstrucción de la conciencia de los sujetos y la transformación de los espacios. Reto sumamente difícil ante un escenario neoliberal que no contempla el despertar de las conciencias y que al contrario, espera que las y los sujetos nos desilusionemos de las luchas constantes.

¿Se puede entonces, pensar que el currículum puede ser un mecanismo de resistencia ante la violencia ejercida en los espacios educativo y cultural? Por supuesto que si. Claro, que implica una conciencia real, una conciencia de clase, donde se asuman que las representaciones, las nociones y valoraciones que construimos son obstáculos o puertas que abren caminos.

Durante todo el siglo XX se hizo evidente que la transformación social no se había materializado del todo. Algunos sociólogos que ya se mencionaron anteriormente, nos han ido dando pauta



para comprender que el capitalismo había integrado a la clase trabajadora, como los agentes sociales que habían aceptado a través del tiempo, las ideas, los sentimientos y la forma de pensar de la clase dominante. Por tanto, la cultura había desempeñado una función clave para plantear maneras de vivir fuera o dentro de la norma social, y la educación lo que hizo, fue legitimar esta función. Es ella a partir de la década de 1960, donde incluso formas de arte antes consideradas subversivas, pasaron a formar parte de la vida cotidiana y fueron apropiadas dentro de la norma social. Esto se ha hecho con ayuda de los medios de comunicación. ¿Qué sucede aquí? La sociedad interioriza los mensajes y acepta las normas y los valores como propios, por tanto, la posibilidad de resistencia (o de rebelión) se desvanece, y la cultura de masas refuerza el ejercicio de dominación.

En este sentido, lo que el capitalismo ha hecho con nosotros, es hacer avanzar la prevalencia de una vida “cómoda”, “tranquila”, “democrática”, “libre” (todo con comillas), donde en apariencia nos encontramos libres lejos de regímenes totalitarios que se autoproclaman democráticos. Por tanto, sujetas y sujetos no conscientes de esta manipulación, asumen falsas sensaciones de necesidad del consumo, del conocimiento científico como el único que tiene la verdad, de apropiación de ideas y manifestaciones culturales. Acciones que promueven falsas conciencias y un ejercicio de violencia cada vez más manifiesto y difícil de erradicar. Las lógicas reproductoras construidas bajo este modelo cayeron como anillo al dedo para controlar a la población y así es como estamos.

En el análisis pudiéramos pensar que en las sociedades históricamente han existido brechas entre cultura y realidad que han apuntado a otras formas posibles de vivir y de ser. Y que estas brechas podrían ser el camino de contracultura hegemónica que posibilite un escenario menos peligroso. Y es aquí cuando se reconoce que la única vía posible a una puerta que abra caminos de resistencia, es la educación y por tanto el curriculum.

Desafortunadamente el reto es gigantesco, pues pareciera que muchas veces tanto la cultura como la educación se han convertido en gran medida en industrias opresoras e inquebrantables. Es entonces, cuando se debe de asumir que la comprensión y apropiación de la ideología de la resistencia es el único camino posible para desmarcarse de escenarios violentos. Rehacer la realidad y resignificar el mundo.



Esto implica una distinta postura epistemológica por parte de los sujetos de transformación social, por ejemplo: en concreto, una distinta postura epistemológica de los docentes, estudiantes y artistas. Esta es una propuesta de la posición epistemológica de la sociología que Pierre Bourdieu apunta consistentemente de los espacio conflictivos, en donde sobrepasando los paradigmas epistemológicos tradicionales, es decir, las miradas tradicionales de la realidad y del conocimiento, se opta por una postura que promueva espacios de lucha y resistencia en los centros educativos o en los espacios culturales (el cine, el arte, la literatura, la música, la televisión, entre otros). Espacios donde la violencia simbólica se diluya con la acción objetivada de los actores.

Por ejemplo, en los centros educativos se disimulan las relaciones de fuerza, pero explícita e implícitamente se manifiestan al interior de estos, donde se expresan y reproducen distintas relaciones de lucha. En estos espacios sociales entonces, se construyen fuerzas y poderes que con las representaciones del mundo, hemos ido construyendo. Estas por tanto, deberían de ser de resistencia. Estas representaciones en el campo educativo y cultural donde somos conscientes de nuestra acción y del ejercicio de distanciamiento a la heteronorma, pueden ser el camino. Propuestas curriculares que rehagan la realidad y resignifiquen el mundo y nuestra participación en él, que rompan con los estándares establecidos, deberían de hacerse presentes. Sujetos y sujetos que repiensen y actúen la educación y la cultura desde una mirada más solidaria, hermana e igualitaria, bajo principios de reconocimiento a las diferencias de las otras y los otros, el respeto de las ideas, el escucha a las nuevas propuestas, la redistribución de los espacios, la pugna por desmitificar la estructura de la educación formal, el traslado de los espacios educativos a los espacios reales y contextuales de los estudiantes, las prácticas de la enseñanza horizontal y no vertical, la eliminación del ego de los sujetos (¡a! ¿acaso eso se podría?) y la solidaridad a las construcciones de las y los otros.

Reconocer que la transformación de la educación solo se dará, si solo si, se asume que la cultura ocupa el centro del escenario y que solo deconstruyendo esta, se puede transformar la realidad social.

El trabajo por supuesto es multi, trans e interdisciplinario, abarca todos los escenarios, todos los campos. Es un ejercicio que implica una discusión entre subjetividad y objetividad, constituyendo formas que hagan prácticas más igualitarias en la educación. Si nos permiten sugerir, creemos que el primer paso, es despertar la conciencia y el segundo, una acción educativa distinta a la



heteronorma que inicie desde el curriculum. Así, quizá podríamos empezar a caminar en ese rumbo, con los que ya lo están haciendo.

Referencias

Anthony Giddens (2009) *Sociología*. Alianza Editorial. España.

Pierre Bourdieu (1977). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Laia. Barcelona.

(1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo-Conaculta. México.

(1999) *Intelectuales, política y poder*. Eudeba. Buenos Aires.

(2011). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI. México.